

# CLÍO EN DISPUTA

## EL DEBATE EPISTEMOLÓGICO ENTRE SOCIÓLOGOS E HISTORIADORES (1903-1908)

\*\*\*\*

DAVID J. DOMÍNGUEZ (ED.)  
F. SIMIAND, CH. SEIGNOBOS, É. DURKHEIM



**colección inédita 3**

# ÍNDICE

Pág.

Prefacio a la presente edición.....	7
De ídolos, tribus e innovadores. Notas para una genealogía de la disputa entre sociólogos e historiadores en Francia (1903-1908) DAVID J. DOMÍNGUEZ.....	15
1. Cronología mínima del debate.....	18
2. Luchas y estrategias de auto-afirmación disciplinar.....	28
3. La historia será sociológica o no será: el método en disputa.....	58
4. El debate más allá del debate: auge y caída del modelo de referencia unitario.....	133
Bibliografía utilizada.....	149

## PRIMERA PARTE. EL DEBATE SIMIAND-SEIGNOBOS

Método histórico y Ciencia Social. Estudio crítico según las obras recientes de Lacombe y Seignobos. FRANÇOIS SIMIAND.....	159
La causalidad en Historia. FRANÇOIS SIMIAND.....	205
Las condiciones prácticas de la búsqueda de las causas en el trabajo histórico. CHARLES SEIGNOBOS.....	249
Lo desconocido y lo inconsciente en historia. CHARLES SEIGNOBOS, ÉMILE DURKHEIM.....	295

## SEGUNDA PARTE. TEXTOS DE CONFRONTACIÓN DISCIPLINAR

### A) TEXTOS DE LOS HISTORIADORES

El método psicológico en Sociología. CHARLES SEIGNOBOS.....	329
La enseñanza de la historia como instrumento de educación política. CHARLES SEIGNOBOS.....	347
Algunas reflexiones sobre la causalidad en Historia. ALEXANDRU DIMITRIE XÉNOPOL.....	367

### B) TEXTOS DE LOS DURKHEIMIANOS

<i>Introducción a los estudios históricos</i> , de Ch. V. Langlois y Ch. Seig- nobos. DOMINIQUE PARODI.....	371
--	-----

<i>El método histórico aplicado a las ciencias sociales</i> , de Ch. Seignobos. ÉMILE DURKHEIM.....	375
Prefacio del <i>L'Année Sociologique</i> . ÉMILE DURKHEIM.....	379
La Historia y las Ciencias Sociales. ÉMILE DURKHEIM.....	387
Sociología y Ciencias Sociales. ÉMILE DURKHEIM Y PAUL FAUCONNET.....	391
Sociología y Ciencias Sociales. ÉMILE DURKHEIM.....	425
 C) TEXTOS DE LOS NUEVOS HISTORIADORES	
“Las relaciones de la historia y de las ciencias sociales según Ch. Seignobos”. HENRI BERR.....	443
Historia y Sociología. PAUL MANTOUX.....	453
Historia tradicional y síntesis histórica. HENRI BERR.....	471

\* \* \*

## PREFACIO A LA PRESENTE EDICIÓN

Este libro tiene su origen en una investigación realizada en el marco de mi tesis doctoral.<sup>1</sup> El objetivo que me había propuesto en esa ocasión consistía en identificar los distintos mecanismos que habían intervenido en la profesionalización del saber histórico en Francia y su conversión en un territorio *disciplinar*. Esto es, un espacio donde una comunidad de investigadores moviliza un conjunto de prácticas mediante las cuales se efectúa una selección organizada de la “factualidad”, con sus programas, sus evidencias procedimentales y toda una serie de formas de inferencia que reproducen un sentido específico (disciplinar) de la racionalidad. En el trascurso de aquella investigación tuve la oportunidad de articular mi análisis sobre la base de dos elementos importantes: la codificación del método histórico y la organización de una enseñanza estandarizada. Ambos aspectos, analizados al detalle, me proporcionaron indicios suficientes para saber qué sucedía cuando una actividad cognoscitiva adquiere un estatus disciplinar. La historia, al igual que otros saberes, tuvo que acondicionar su estructura de acuerdo a los códigos y las pautas comunicacionales de una sociedad de normalización: el control, el examen, la unificación de los procedimientos enunciativos o la creación de un marco institucional estandarizado son sólo algunos de los indicadores que caracterizaron el dispositivo disciplinar del saber histórico de finales del siglo XIX.

Sin embargo, cuanto más ahondaba en estas consideraciones más clara era la presencia de los saberes que denunciaban las insuficiencias del saber histórico y su marco metodológico, por aquel entonces presentado con pompa y boato en la muy novísima universidad de la Tercera República. Fue ahí cuando reparé en la novedad del pensar sociológico y en el carácter conflictivo que tuvo su irrupción (sobre todo, el de la sociología durkheimiana) en el conjunto de las ciencias humanas. Y fue también en esa circunstancia cuando la lectura atenta de los sociólogos, algunos de los

---

1. La tesis doctoral, titulada “La historia tiene su propia historia. Génesis de la disciplinarización del saber histórico en Francia”, fue defendida en la Universidad Complutense de Madrid el 11 de diciembre de 2015. El tribunal estuvo conformado por los profesores Pedro Ruíz Torres, Ramón Ramos, César Rendueles, Francisco Sevillano y Alain Brossat. El proyecto del presente libro nace de tal investigación, especialmente de su última parte, que recoge la disputa entre sociólogos e historiadores y el comentario crítico de los textos aquí seleccionados. Véase Domínguez (2016) [<http://eprints.ucm.es/35513/>].

cuales me fueron transmitidos de forma caricaturesca, adquirió una perspectiva novedosa, diferente si se quiere de aquella otra que forjaban –y siguen forjando– los manuales “canónicos” de la teoría sociológica. Fruto de ese descubrimiento es la obra que el lector tiene entre manos, una obra que recoge algunas de las intervenciones más relevantes en la polémica sobre el método histórico que tuvo lugar entre Ch. Seignobos y F. Simiand. El primero, un reconocido historiador experto en metodología histórica y el segundo, un sociólogo que apenas rebasaba la treintena, pero que empezaba a despuntar como una de las figuras más prometedoras (y polémicas) de *l'Année sociologique*. El libro que presento aquí es por tanto un homenaje a esta discusión, en parte desconocida por numerosos investigadores en ciencias sociales, o cuyo conocimiento –en el mejor de los casos– se limita solamente al ataque realizado en 1903 por parte de Simiand, ignorando así que aquella intervención traería consigo una serie de conferencias y de reseñas críticas cuya riqueza epistemológica no se debería desdeñar. La lectura de esta disputa se articula además en torno a tres ejes de debate: la cuestión del método, la cuestión del modelo de ciencia, y la cuestión del criterio que debe guiar la relación entre las diferentes ciencias sociales. Tales temas configuran el eje de coordenadas sobre el cual van a pivotar los argumentos de la polémica. Pero también representan el marco de debate en el que se había instalado gran parte de la reflexión historiográfica. La necesidad de dotar al trabajo histórico de una justificación científica daba lugar a una disparidad de enfoques y controversias múltiples. Una de ellas, quizá la más interesante, es la que tuvo lugar entre los sociólogos durkheimianos y los historiadores franceses.

Ahora bien, este homenaje no se puede limitar a un ejercicio de erudición o de arqueología disciplinar. Si en efecto son relevantes las situaciones de los comienzos no es por una cuestión relacionada con el culto al origen de una disciplina, sino al contrario, por ser indicadoras de los momentos más propensos a explicitar los principios de construcción que caracterizan a una ciencia (Bourdieu y Passeron: 53). En cierto sentido, el debate entre Ch. Seignobos y F. Simiand, así como la cascada de recensiones críticas que se hicieron eco de tales intervenciones, constituye un magnífico ejemplo para ilustrar el modo en que dos comunidades de investigación, cada una de ellas desigualmente equipadas en términos de capital simbólico, cultural e institucional, pugnan entre sí para imponer los principios de especificidad de sus objetos, así como para proclamar su papel rector en el concierto de

las ciencias humanas de la universidad francesa. Por eso, nada mejor que tal disputa para poner de manifiesto la situación subalterna, claramente deficitaria, desde la cual la sociología tuvo que conquistar su territorio, estabilizar su objeto y edificar nuevos modelos de causalidad.

Todo lo cual hace de semejante polémica un hito incontestable en la historia de las ciencias sociales. Su pertinencia debe medirse no sólo por la riqueza de sus reflexiones epistemológicas sino también por el alcance que algunas de ellas tienen para el debate sobre las causas del cambio histórico y el papel de la agencia. En efecto, una parte importante de los argumentos desplegados prefigura las líneas maestras sobre las cuales ha transitado el debate posterior de la sociología histórica. Así, en una época como la actual, plagada de gestos y de loas al voluntarismo, no sería exagerado adivinar en ciertas ocasiones un retorno, más o menos sofisticado, al “ídolo político” que con tanto empeño denunciaba el joven Simiand, en cuanto que tales proclamas son pensadas en general desde una concepción unilateral de la acción colectiva. Una cosa es admitir que la historia es infinitamente maleable y otra distinta es pensar que lo es gracias *tan sólo* a los esfuerzos intencionales de los individuos, lo cual es ya de por sí, como atestigua el desarrollo de las ciencias sociales, una hipótesis problemática. Por supuesto, esta afirmación precisa de una aclaración inmediata: mi objetivo no es negar el papel de la agencia colectiva, pero sí complejizar su análisis e introducir –con ayuda de Simiand– la cuestión acerca de las distintas categorías causales que pueden existir con respecto al cambio social, por mucho que uno simpatice con tales o cuales acciones.

En este sentido, cabe preguntarse si el culto al “ídolo político” sigue reproduciéndose en los debates actuales, así como en algunos discursos presuntamente sofisticados de la filosofía política contemporánea. Tal respuesta, desde luego, no se puede resolver en términos categóricos, habida cuenta de la pluralidad de enfoques que los discursos actuales mantienen sobre el tema. Será pues el lector quien deberá discernir si la presencia de tales mecanismos sigue vigente en la actualidad, y será él también quien deberá dilucidar si la crítica de Simiand no desemboca, a su vez, en un enfoque “restringido” de la acción social, al incidir demasiado en las tensiones estructurales y poco tal vez en los efectos de estas últimas sobre la manera en que los sujetos se inscriben (y se perciben) en la estructura social. Que la agencia social –individual o colectiva– sea contemplada como un *síntoma* o una cristalización de tensiones estructurales no implica la negación o el aban-

dono inmediato del análisis político. Al contrario, el recurso al estudio de la acción colectiva sigue siendo un marco de análisis legítimo, toda vez que se haga asumiendo el hecho de que la totalidad de las formas de acción humanas (individuales y colectivas) encuentra sus condiciones de desarrollo (sus causas explicativas) en las modalidades de la estructura social preexistente.

Aunque Simiand tenga razón en cuestionar el carácter presuntamente explicativo de las acciones intencionales, cabe plantear si su enfoque resulta del todo satisfactorio para un análisis sociológico de lo político. Cierto es que Simiand nunca pretendió elaborar un análisis de la acción colectiva. Su idea consistía más bien en delimitar la presencia de tensiones de carácter estructural, pero sin mostrar el modo en que tales fenómenos influían en la formación y las consecuencias de la acción colectiva, sin mostrar el grado y la forma específica que adoptaban. De ahí los interrogantes inevitables que suscitan su lectura: ¿desemboca necesariamente en un abandono sin paliativos del análisis político? ¿O se trata más bien de un enfoque donde la acción intencional aparece sólo como una secuencia descriptiva, sin poder explicativo alguno con respecto al cambio social? Y si es así, ¿qué margen de maniobra le queda a la acción colectiva? ¿Se trata tan sólo de una suerte de ventrilocuo de cambios estructurales o es capaz de producir a su vez transformaciones de alcance morfogénico, a pesar de configurarse en el marco de interacciones previas —ejercidas pero no representadas— que establecen las modalidades de su comportamiento? Tales cuestiones, como se sabe, sobrepasan el propósito inicial de los textos del joven sociólogo, pero nada de eso impide expresar las dudas que pueden suscitarse tras su lectura. Pese a ello, la obra de Simiand constituye un sano ejercicio para potenciar el desarrollo de la crítica en las ciencias sociales. Valgan pues sus intervenciones como un antídoto frente a los cantos de sirena del voluntarismo político, tan dulce y sugerente para la lógica militante y sin embargo tan propenso a los puntos ciegos en el ámbito teórico.

Por último, cabe señalar otra razón en favor de la disputa entre Ch. Seignobos y F. Simiand. Me refiero a su alto valor para la historia de la historiografía, un ámbito con escasa repercusión entre las filas de los historiadores y que sólo en épocas recientes ha comenzado a dar sus frutos y suscitar pistas interesantes sobre la confluencia de las ciencias sociales y la ciencia histórica. Mi objetivo, en este sentido, no consiste en reconstruir el debate por medio de una lógica gremial o corporativa, y mucho menos de revitalizar una disputa (sociólogos versus historiadores) que hoy día no se

traduce bajo la forma de dos comunidades en pugna, dado el elevado grado de préstamos entre ellas (de métodos, de terrenos de trabajo, etc.). Nada más fácil que juzgar a un clásico por los excesos no cometidos en el presente, pero quizás también nada más inútil. Ambos autores presentan aspectos que son sugerentes y cuestionables: lo interesante es poner de manifiesto sus respectivos argumentos y exponer al lector las consecuencias que la polémica sobre el método histórico ha tenido para el marco de trabajo de la historiografía francesa. Si ésta se ha caracterizado por la ampliación de objetos y métodos de trabajo, es porque la sociología de Durkheim (y otros saberes, como el materialismo histórico, la geografía, la etnografía, la economía) ha ejercido una notable influencia en gran parte de las ciencias humanas de la época (economía, antropología, historia, derecho), pero sobre todo entre los historiadores más abiertos de la *Revue de Synthèse historique* (H. Berr, P. Mantoux) y los fundadores de la revista *Annales* (M. Bloch, L. Febvre).

En este punto, se puede objetar que la reorganización de la ciencia histórica en Francia no se ha ejecutado de acuerdo al proyecto de normatividad metodológica ideado por Durkheim. Es cierto, pero al menos sí ha orientado sus terrenos de trabajo en una dirección próxima al estudio de las regularidades sociales (*longue durée*) y la sospecha constante de los marcos clasificatorios (la crítica de las *prenociones*) entablados por la costumbre o la tradición. Un lector atento a la historia del saber sabrá reconocer en esta encrucijada uno de los hitos más importantes para la reorganización del saber histórico y la génesis de la historia social en Francia.

...

De acuerdo con la convención habitual de las presentaciones, quisiera señalar ahora, de forma general, algunas cuestiones relativas a la selección de los textos y la composición del libro.

En líneas generales, la obra se compone de dos grandes partes. La primera de ellas, que lleva por título “El debate Simiand-Seignobos”, recoge el cruce de argumentos que articula el núcleo básico de la polémica. El lector podrá encontrar aquí las dos célebres conferencias de Simiand contra los historiadores (*Método histórico y ciencia social*, de 1903, y *La causalidad en historia*, de 1906); la réplica de Ch. Seignobos al sociólogo (*Las condiciones prácticas de la búsqueda de las causas en el trabajo histórico*, de 1907); y por último, una reproducción íntegra de la polémica conferencia (*Lo desconocido y lo inconsciente en historia*, de 1908) en la que É. Durkheim y Ch. Seignobos



debaten acerca del papel de las representaciones colectivas en los fenómenos sociales. Todas ellas conforman el hilo básico del debate, el eje sobre el cual van a pivotar el resto de las intervenciones anexas. Con respecto a esta parte, cabe destacar la importancia que revisten las discusiones finales de las conferencias, donde la interlocución directa de los protagonistas se ve enriquecida por las sugerentes intervenciones de los intelectuales allí presentes (los historiadores Gustav Glotz, Paul Lacombe, Gustav Bloch; el sociólogo Célestin Bouglé o los filósofos Frédéric Rauh, Xavier Léon o André Lalande, entre otros). La lectura de tales discusiones, lejos de ser un ejercicio retórico o de cortesía intelectual, constituye una ocasión inmejorable para matizar los aspectos que no quedaron suficientemente claros durante las conferencias.

La segunda parte, en cambio, reúne textos de diverso orden y procedencia. Algunos de ellos, por ejemplo, son extensos artículos extraídos de libros o de revistas, y otros -la mayoría- son reseñas críticas de las conferencias compiladas en la primera parte del libro. Los autores de dichos textos proceden tanto de la ciencia histórica como de la sociología durkheimiana; de ahí que haya dividido este bloque en función de la procedencia disciplinar de los mismos: en primer lugar, los textos escritos por los historiadores tradicionales, donde se profundiza en la especificidad del conocimiento histórico y en la importancia de la dimensión política (el ídolo político) para la comprensión del cambio social. En segundo lugar, las publicaciones provenientes del ámbito durkheimiano, cuyo objetivo es profundizar las críticas de Simiand y poner de manifiesto el lugar de la historia en el nuevo programa de unificación metodológica planteado por Durkheim. Y para acabar, un conjunto de textos que ponen de manifiesto el cambio que se estaba produciendo en los márgenes de la historiografía francesa. Me refiero, en concreto, a los textos de H. Berr y de P. Mantoux, cuya novedad consiste en cuestionar por un lado las limitaciones de la llamada "historia historizante" y en sentar por otro las bases de una síntesis histórica no supeditada al factor político. Huelga decir que todos estos textos, o casi todos, permanecen inéditos en lengua castellana. Lo cual no hace sino corroborar, una vez más, la necesidad de compilar y editar en forma de libro un debate que interesa por igual a la ciencia histórica y a la sociología.

Como remate, cabe añadir que la presentación de tales textos va precedida de un largo y detallado estudio introductorio. En él he tratado de poner al descubierto los dos grandes aspectos del debate: el análisis de su

dimensión epistemológica y el estudio de su dimensión institucional. Así, el lector podrá tomar conciencia de las condiciones específicas en las que se desarrolló efectivamente la polémica. No basta con limitarse a los argumentos ofrecidos por los autores, esencial es también ubicarlos en el marco de las luchas que subyacen al proceso de institucionalización de los saberes en la universidad francesa. El lector tiene que tomar conciencia de la relación asimétrica, profundamente desigual, que la sociología mantiene con respecto a la infraestructura institucional del saber histórico en la universidad de la Tercera República. De ahí la necesidad de un estudio introductorio: sin él se corre el riesgo de limitar el análisis al debate sobre las prácticas científicas *normales*, dejando de lado, por razones analíticas, el estudio de las luchas y de las estrategias de autoafirmación disciplinar que subyacen a los procesos colectivos (la autonomización de los saberes) en los que se desplegaron tales discursos.

Confío pues en que las páginas siguientes cumplan, en parte, las expectativas de un acercamiento como éste. Para ello he utilizado una variedad considerable de fuentes, que va desde las obras publicadas por los autores hasta los documentos legales que atestiguan las reformas republicanas en materia universitaria, pasando por boletines, recensiones críticas y demás intervenciones aparecidas en las principales revistas dedicadas al saber histórico y las ciencias sociales en Francia (*Revue historique*, *L'Année sociologique*, *Revue de Méthaphisique et de morale*, *Revue de Synthèse Historique*, *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, *Bulletin de la Société d'Histoire Moderne*). Estas últimas proporcionan una información directa sobre la vida de las colectividades científicas y sus discusiones internas. Su lectura es un requisito ineludible para estar al tanto de las dinámicas intelectuales y las condiciones del ejercicio profesional de una comunidad de investigación (nominaciones, conmemoraciones, reformas educativas, concursos públicos, congresos, hallazgos documentales, recensiones críticas, cartas de respuesta, etc.).

No quisiera finalizar este prefacio sin expresar mi agradecimiento a las diferentes personas que me han ayudado, de un modo u otro, a materializar este libro: sus consejos, apoyos y críticas han desempeñado un papel importante en la elaboración del mismo. Pienso en particular en Mario Domínguez, Sabina Loriga, Jacques Revel, Pedro Ruíz Torres, Maggie Mini, Ignacio Azcona y Miguel Alhambra Delgado.

David J. Domínguez  
Febrero de 2018

## Método histórico y Ciencia Social. Estudio crítico según las obras recientes de Lacombe y Seignobos<sup>1</sup>

FRANÇOIS SIMIAND

La preocupación por el método que se manifiesta hoy a través de numerosos signos entre los historiadores se sostiene, en buena parte, en las relaciones de vecindad, de rivalidad y –podemos decir– de conflicto que, cada vez más, se establecen entre la historia tradicional y la nueva ciencia social. ¿En qué confluyen exactamente método histórico y ciencia social? En su esencia, el método llamado histórico es el proceso de conocimiento experimental indirecto, es decir, de un conocimiento de hecho obtenido por intermediación de otro espíritu; dicho conocimiento puede ser indirecto en el espacio o indirecto en el tiempo: el proceso lógico es el mismo en los dos casos.<sup>2</sup> En este sentido es empleado de manera recurrente en todas las ciencias positivas; pero no tiene sólo este sentido; conlleva (salvo excepción) el control de una verificación posible y procede con la seguridad de que un método bien definido ha presidido la primera constatación. ¿Por qué la historia, es decir, según el sentido actual que ha adoptado esta palabra, el estudio de los hechos humanos pasados, le ha dado su nombre a este método? Ello es debido a que, en materia de acontecimientos pasados, que no se producen más que una sola vez y no son evocables de nuevo por la experimentación fáctica, este modo de conocimiento es el único posible (salvo para la rarísima excepción de acontecimientos constatados por el propio historiador). Hay que añadir –y «método histórico» comprende este suplemento de sentido– que aquí, salvo muy raras excepciones, los elementos en los que se funda el conocimiento indirecto no son «observaciones» en el sentido científico

---

1. Publicado originalmente en *Revue de synthèse historique*, París, Librairie Léopold Cerf, Tome VI-1, pp. 1-22 y Tome VI-2, 1903, pp. 129-157. La traducción que aquí se presenta fue realizada por Antonio F. Vallejos y Maribel Moreno para *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias sociales*, Nº 6, 2003, pp. 163-202. Agradezco la gentileza de los directores de la revista y los traductores por haberme dejado integrar esta versión en el presente libro..

2. A veces se llama conocimiento indirecto al conocimiento de un fenómeno por su efecto o por su huella (el fuego por el humo o por restos de carbón quemado). El proceso del que hablamos es en realidad distinto y hay razones para llamarlo de otra manera: se le podría llamar conocimiento mediato. Ver más adelante, parte V §a, una consecuencia importante de esta distinción.

del término sino notaciones de hechos realizadas sin método conocido ni bien definido y, en general, para otros fines distintos del propio fin científico (documentos): para extraer de un documento una legítima noción de un hecho, se hace, por lo tanto, necesario tomar una serie de precauciones críticas que han sido establecidas por la metodología histórica.<sup>1</sup>

Pasemos a la noción de ciencia social.<sup>2</sup> Sin entrar aquí en controversias de definición, diremos simplemente que la ciencia social es la disciplina que estudia los fenómenos sociales, y que los fenómenos sociales son los fenómenos que caracterizan la vida del hombre en sociedad. Si esta disciplina quiere ser positiva y estudiar los hechos por la observación y la experimentación, parece evidente que, debido a su extensión o naturaleza, los fenómenos sociales no pueden apenas ser abarcados por una observación individual directa: de ahí el recurso necesario al conocimiento indirecto; resulta también que la experiencia fáctica producida a voluntad por el investigador y bajo sus propios ojos es en materia social tan rara y tan difícil de realizar que éste se ve obligado a buscar los hechos y los casos de experiencia en el relato del pasado de la humanidad: de ahí la necesidad de utilizar el método histórico.

Cuando la ciencia social positiva recurre, para enriquecer su experiencia, al conocimiento del pasado, trabaja, pues, sobre la misma materia que la historia. ¿La trabaja acaso de otro modo? Mientras sólo intente utilizar los documentos para establecer los hechos, no puede sino servirse de la misma vía de conocimiento, del método histórico, y (bajo reserva de las observaciones que serán presentadas más adelante) sólo puede obtener beneficios de los progresos realizados en el empleo de este método, siguiendo las reglas y la perfeccionadas prácticas de las que los historiadores han adquirido clara conciencia, adquiriendo seguridad en su manejo.<sup>3</sup> Pero el historiador no limita su obra al establecimiento de hechos: los agrupa, los compone, los construye; quiere constituir un cierto sistema de conocimientos que sea una cierta ciencia, que sea la *historia*. En este estadio de la obra científica, en la elaboración de los datos de un conjunto, en el modo y en el espíritu de utili-

---

1. Véase SEIGNOBOS y LANGLOIS, *Introduction aux études historiques*, 1ª parte. (Ed. cast.: *Introducción a los estudios históricos*, Alicante, Universidad de Alicante, 2003).

2. El Señor Seignobos en la obra examinada, da a «las ciencias» un sentido restringido que ni de hecho ni de derecho parece suficientemente justificado y que, por lo tanto, no será retenido aquí. Además, las observaciones que presenta se aplican a las ciencias sociales en un sentido extenso, igual que a las ciencias económicas y demográficas.

3. Ver más adelante Parte v § a.

zación de los hechos para constituir una ciencia, es donde se manifiesta una divergencia de acción y una oposición de tendencia entre la ciencia social y la historia tradicional. El problema que plantea este conflicto atrae visiblemente a los metodólogos de una y de otra parte. Yo no tengo aquí la pretensión de resolverlo ni de estudiarlo en toda su vasta extensión. Me he propuesto simplemente y he creído útil, refiriéndome para ello sobre todo a dos libros de método escritos por historiadores, fijar los puntos esenciales del debate.<sup>1</sup>

La construcción de los hechos humanos, tal como la aborda la ciencia social, tiene por objetivo constituir una ciencia de los fenómenos sociales análoga a las ya constituidas ciencias positivas de los fenómenos de la naturaleza. Esta concepción no es todavía familiar para muchos espíritus: choca especialmente con numerosos hábitos de pensamiento constituidos, que han dado lugar a la construcción de la historia tradicional. También el espíritu de la «historia historizante», aplicada al problema de la ciencia social, tiende propiamente, quizá sin ser consciente de ello, a la negación de esta misma ciencia. Estas son las tesis maestras en donde hay que analizar esta oposición y que voy, en este primer artículo, a tratar de desarrollar y de examinar una a una.

## I

«El hecho social es psicológico por naturaleza, y en tanto que psicológico es subjetivo.» La primera de estas proposiciones es plenamente aceptada: si ciertos fenómenos sociales, tales como los fenómenos de hábitat o de prácticas materiales, como la propiedad de objetos corporales, implican una relación con los objetos del mundo exterior, es fácil de ver que lo que constituye propiamente el fenómeno social es la relación del hombre con estos objetos o la relación de los hombres entre ellos a propósito de estos objetos, la costumbre, el derecho reconocido, en una palabra, un elemento psicológico y no un elemento exterior.

La segunda proposición (reducción de lo psicológico a lo subjetivo) exige un examen más detallado. En primer lugar es necesario percibir su alcance. Si el hecho social es subjetivo por naturaleza, debe renunciarse a constituir una ciencia social en el sentido de las ciencias positivas ya existen-

1. LACOMBE, *De l'Histoire considérée comme science*, Paris, 1894. (Ed. cast.: *La historia considerada como ciencia*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1948). Seignobos, *La Méthode historique appliquée aux sciences sociales*, Paris, 1901. (Ed. cast.: *El método histórico aplicado a las ciencias sociales*, Madrid, Daniel Jorro, 2003).

## La causalidad en Historia Sesión del 31 de mayo de 1906<sup>1</sup>

FRANÇOIS SIMIAND

F. Simiand propone a la *Société* las siguientes reflexiones:

El propósito de esta exposición es analizar si la noción de causa en historia, *entendida como un* conocimiento explicativo, es o no esencialmente diferente de la noción de causa en las ciencias positivas de la naturaleza. Asimismo, se tratará de plantear las proposiciones *mínimas* que la disciplina histórica debe adoptar en el caso de que *pretenda ser explicativa*, con independencia de toda concepción metafísica general.

I. Algunos historiadores expertos en metodología, y en especial Bernheim, han observado con acierto que la teoría de la causa refleja un aspecto fundamental para la defensa y el establecimiento del método histórico tradicional.<sup>2</sup> En esta primera parte, me propongo examinar la concepción que nos presentan de la causa y la explicación en materia histórica, así como las razones que aducen para contraponer estas causas a la concepción que se tiene de ellas en las ciencias de la naturaleza. Igualmente, trataré de mostrar que esta concepción o bien no se aplica sólo al dominio de la historia (y una vez extendida a toda la materia que puede ser sometida a ella, se aproxima manifiestamente a la concepción causal de las ciencias de la naturaleza en la medida en que una explicación verdadera es posible), o bien se restringe a la parte de imprevisibilidad absoluta que ciertas filosofías pueden concebir, resultando así la negación de toda explicación científica.

II. El problema, ateniéndonos al establecimiento práctico de la disciplina histórica, puede reducirse a una cuestión de facto: ¿qué se explica en realidad y cómo se explica algo en materia histórica? Para averiguarlo hay que retomar los trabajos de los historiadores que han pretendido hacer una historia explicativa, a fin de analizar las explicaciones que ahí se

---

1. Publicado originalmente en *Bulletin de la Société française de philosophie*. Tome VI, 1906. Presentes en esta sesión: MM. Belot, Brunschvicg, Delbos, Dunan, Laberthonnière, J. Lachelier, Lacombe, Lalande, X. Léon, Lévy-Bruhl, Malapert, Pacaut, Parodi, Pécaut, Rauh, Simiand, Sorel.

2. E. BERNHEIM, *Lehrbuch der historischen Methode*, 2 Aufl., pp. 91-125 *et passim*. (Ed. cast.: *Introducción al estudio de la historia*, Barcelona, Labor, 1937).

pueden encontrar, determinando los caracteres y las condiciones, con el propósito de reconocer la parte que resulta inexplicada y las razones de tal deficiencia. Sin embargo, una investigación de este tipo sólo puede bosquejarse a modo de ejemplo. Y dicho ejemplo será extraído principalmente del capítulo dedicado a Inglaterra del libro de Seignobos *Histoire politique de l'Europe contemporaine*.

III. Sobre los resultados de este examen crítico, y teniendo en cuenta las principales necesidades que revela, trataré de enunciar un pequeño número de proposiciones estrictamente formales que baste para dirigir con seguridad la investigación explicativa en materia histórica: definición del efecto, distinción entre causa y condición, explicación por el antecedente inmediato, verdad de las proposiciones inversas. Trataré de indicar el alcance de estas reglas formales mostrando cómo y en qué sentido, mediante su propia observación, se establecerán importantes proposiciones metodológicas, generalmente fundadas de manera diferente (por ejemplo, las proposiciones que conciernen a la explicación a través del individuo, la explicación finalista, la explicación por los factores psicológicos generales, la experimentación en materia de ciencia social, etc.).

## DISCUSIÓN

SIMIAND.— Mi propósito es tratar de bosquejar una teoría de la causalidad en materia de historia, con independencia de cualquier tesis metafísica especial. Se trata de plantear una noción similar a aquellas que, en las ciencias de la naturaleza, penetran íntimamente en todo el trabajo cotidiano y sirven para formar el cuerpo de la ciencia. Reconozco, además, con agrado que semejante tarea tiene un objetivo práctico. Es difícil, creo, no sentirse afectado a la vez por la enorme masa del trabajo histórico provisto en la actualidad y por la insuficiencia de sus resultados científicos. No es que falten las filosofías de la historia, las tesis generales sobre la explicación de los fenómenos históricos, sobre el papel del individuo, el determinismo histórico, los factores de la evolución humana, etc. Lo que falta más bien es un cuerpo específico de reglas metódicas que se apliquen en la práctica diaria del trabajo de elaboración. Mi deseo sería tratar de formular unas reglas de este tipo, al menos en lo que se refiere a la determinación de las causas.



## I

1. Comenzaré por la exposición que Bernheim realiza del problema en su *Lehrbuch der historischen Methode*. Entre los historiadores expertos en metodología recientes,<sup>1</sup> él es quien parece haber planteado los términos de la manera más clara y precisa. Concibe firmemente la historia como una ciencia. Se aleja de la concepción de la historia puramente narrativa, o de la historia considerada como una obra literaria, no menos que de la concepción de la historia normativa y moralizante. Al igual que toda ciencia, la historia tiene un objetivo esencialmente explicativo.

2. Pero esta explicación reviste un carácter muy particular debido a la naturaleza misma del objeto histórico. La historia se propone el conocimiento de los hechos humanos pasados. A decir verdad, Bernheim, a diferencia de ciertos historiadores expertos en metodología, más exclusivos, reconoce que es posible y legítimo un estudio de los hechos planteado según el modelo de las ciencias naturales. No niega que sea posible establecer entre sí relaciones causales análogas a las que establecen las ciencias de la naturaleza, y tampoco niega que se pueda proceder en ambas situaciones por medio de la abstracción y la generalización. En una palabra, no discute el derecho a existir de las ciencias sociales. Sin embargo, en lo que respecta a los hechos humanos pasados, la historia busca otra cosa. Su objeto particular consiste en explicar lo que hay de individual en él, de concreto, a fin de dar cuenta de la concatenación específica de los hechos humanos en la conexión de su propio desarrollo. Por eso adopta una posición completamente singular frente a las otras ciencias, las cuales se proponen en cambio hallar lo general. Ahora bien, esto no significa que la historia sea un arte, es una ciencia, pero una ciencia que conlleva un modo de explicación totalmente particular.

3. Esta oposición no se debe sólo al hecho de que los fenómenos históricos sean más complejos, o a que el azar (en sentido científico) tenga una mayor presencia. En realidad, existe una diferencia de naturaleza entre la causalidad de las ciencias positivas y la causalidad histórica; esta diferencia proviene de que el objeto estudiado por la historia y propuesto a la explicación es un proceso psicológico. En un proceso psicológico individual y concreto no existen fuerzas constantes que sean análogas a las de la naturaleza, y cuya combinación pueda dar cuenta de este conjunto particular. No

---

1. Véase sobre todo Cap. 1, y en especial, para la teoría de la causa, pp. 85-89, 91-125, 138-157 de la segunda edición.



## Las condiciones prácticas de la búsqueda de las causas en el trabajo histórico. Sesión del 30 de Mayo de 1907<sup>1</sup>

CHARLES SEIGNOBOS

En respuesta a la exposición realizada por Simiand el 31 de mayo de 1906, me gustaría precisar las diferencias entre el punto de vista del filósofo y el del historiador en cuanto al problema de las causas. En primer lugar, explicaré por qué razón es posible que mi procedimiento expositivo no pueda satisfacer las exigencias de un filósofo. Y después, examinaré si las reglas de trabajo planteadas por Simiand son susceptibles de responder a las necesidades de un historiador.

El objetivo de la filosofía consiste en reunir en un conjunto ordenado los últimos resultados de todas las ciencias; la historia, por el contrario, trata de extraer de los documentos los conocimientos empíricos sobre el pasado de la humanidad, con el objetivo de reunirlos en un cuadro de conjunto. El objetivo ideal de la investigación filosófica es la forma definitiva de la ciencia perfecta; sin embargo, el historiador depende de los medios prácticos del conocimiento, esto es, parte siempre de materiales reales imperfectos. ¿Son ambas preocupaciones conciliables? ¿Puede tener en cuenta el historiador lo que el filósofo pretende saber? Si cabe señalar un terreno común donde pueda producirse el encuentro ése es sin duda el terreno de la determinación de las causas. Me gustaría señalar el modo en que se plantea este problema en la práctica de los historiadores.

### I

Según Rauh, todo hecho histórico debe ser localizado en un momento dado, tal es su carácter indispensable. A lo cual yo añadiría: localizado en un lugar determinado. Un hecho sin fecha ni lugar es inutilizable en historia. El historiador debe buscar *primero* la causa de cada acontecimiento particu-

---

1. Publicado originalmente en *Bulletin de la Société française de philosophie*, Tome VII, 1907. Presentes en esta sesión: G. Bloch, Brunschvicg, Cantecor, Challaye, Delbos, Drouin, Dunan, Bazaillas, Beauvalon, R. Berthelot, Glotz, Halévy, Jacob, Laberthonnière, Lacombe, J. Lachelier, H. Lachelier, A. Lalande, X. Léon, Mantoux, Ogereau, Parodi, Perrin, Simiand, Sorel, Weber, Winter.

lar; necesita conocerla para poder explicar la sucesión de los acontecimientos reales. En ese sentido, tiendo a considerar, como hace Cantecor, que la causa es la coincidencia de varias series de hechos en un mismo tiempo y un mismo lugar; cada acontecimiento tiene su propia causa, de modo que la determinación de la misma sólo resulta válida para un único caso. Desde el punto de vista teórico, comparto con Simiand la idea de que, en caso de reproducirse las mismas condiciones, se producirá de nuevo el mismo acontecimiento. Lo acepto porque tengo una preferencia sentimental por el determinismo. Pero esta hipótesis carece de cualquier valor práctico para el trabajo histórico, pues nunca se reproduce el mismo conjunto de condiciones; siempre hay bastantes diferencias para exigir una explicación causal diferente en cada caso. Esta primera etapa en la búsqueda de las causas posee un carácter empírico e individual que la sitúa más allá del terreno delimitado por Simiand; es decir, se trata de un primer conjunto de operaciones que no son contempladas por sus reglas. Y sin embargo, cabría pensar que esta es la operación específica de la historia. Desde el momento en que nos abstraemos de las condiciones particulares de tiempo y de lugar y tratamos de buscar las sucesiones constantes de los fenómenos, se sale de la historia para entrar en la sociología.

## II

La particularidad de todos los materiales históricos es ofrecer únicamente hechos particulares, redactados en lengua vulgar; y en muchas ocasiones –lo cual es mucho peor– deformados por los ornamentos oratorios o por la tendencia moral. Comprendo, por haberlo sentido, el malestar que inspira esta masa repugnante y el deseo de ponerla en orden mediante fórmulas generales redactadas en un lenguaje técnico. Mi generación lo ha intentado con la historia de las instituciones; señalaré la desilusión que nos ha hecho renunciar a ella. La nueva generación se dirige a la sociología y utiliza términos filosóficos; Simiand plantea, a este respecto, la regla fundamental: “definir en términos generales el efecto preciso” que se quiere explicar.

La condición necesaria para designar un hecho por un término general es haber analizado este hecho con suficiente precisión para reducirlo a elementos abstractos perfectamente definidos; de ese modo se podría dar el mismo nombre a otro hecho que reúna exactamente los mismos elementos. Esta condición se cumple en las ciencias físicas y las ciencias biológicas.

Es lo que les permite emplear una lengua técnica formada por términos generales; y no cabe duda que la ciencia gana en precisión. Pero, ¿acaso el análisis de los fenómenos humanos ha llegado al punto de poder situar cada término bajo una noción exactamente definida, que se corresponda en todos los casos con un fenómeno constituido por los mismos elementos? Es cierto que la estadística puede provocar esta ilusión, porque trabaja con datos convencionales; de hecho, existen casos excepcionalmente favorables, como el estudio de los salarios de los mineros, donde se dispone de documentos bastante seguros y precisos como para establecer, entre los elementos estadísticos, una relación numérica formulada en términos generales. El problema es que dicho método tan sólo resulta aplicable al periodo contemporáneo y a un fragmento muy pequeño de la realidad. Es impracticable para toda la humanidad anterior al siglo XIX, debido a la falta de documentos, pero también lo es para categorías enteras de fenómenos (políticos, religiosos, artísticos), debido a nuestra incapacidad para abstraer los elementos constitutivos de estos fenómenos. El empleo de terminología abstracta y general sólo puede ser un montaje. Es peligroso adornar con un aparato de términos científicos a los conocimientos que están todavía en estado empírico. El espíritu científico consiste más bien en mantener el vocabulario en el nivel del conocimiento.

### III

El historiador, forzado a buscar ante todo las causas particulares y designarlas por términos concretos de la lengua vulgar, está obligado, en la búsqueda de las causas, a proceder de acuerdo con una evolución empírica que se remonta de causa en causa. Utiliza el término “causa” en un sentido vulgar; llama causa, entre las *condiciones* necesarias de un hecho, a la que precede inmediatamente; la causa es la última en el tiempo, aquella que la investigación alcanza gradualmente al comienzo; es el antecedente ligado por la relación más particular –justo al revés de la segunda regla de Simiand–.

Así, al considerar como punto de partida el antecedente más cercano, la investigación se remonta a los antecedentes más alejados y generales. Para ello necesita dos tipos de conocimientos:

1º Por un lado, los hechos históricos particulares, es decir los antecedentes reales que sólo pueden alcanzarse por medio de documentos; cada nivel exige documentos nuevos, de manera que si se carece de los materiales

es preciso interrumpir la investigación, lo que hace imposible “explicar el antecedente inmediato” (tercera regla de Simiand) y alcanzar los *orígenes* reales.

2º Y por otro, las relaciones generales entre los fenómenos humanos. Tal es el dominio propio de la ciencia social, mucho mejor situado que la historia para descubrir las relaciones generales, pues trabaja con hechos actuales que se pueden observar directamente. El historiador sólo puede interpretar los fragmentos de los hechos conocidos indirectamente con la ayuda de la ciencia directa; por tanto, no es él quien puede descubrir una “ley válida de sucesión de los fenómenos”. El mayor servicio que la sociología podría prestar sería proporcionarle un surtido de leyes, pero aún no estamos allí. La insuficiencia en estos dos órdenes de conocimiento impide que el historiador remonte en la cadena de los antecedentes hasta el punto de llegar a “proposiciones cuya inversa sea verdadera” (cuarta regla de Simiand).

La principal cuestión práctica para el historiador es saber en qué *tipo* de fenómenos debe buscar la causa próxima de los hechos. La solución de sentido común consiste en atribuir los actos o bien a *motivos*, que son fenómenos psicológicos necesariamente conscientes, o bien a impulsos, que son fenómenos inconscientes. La sociología, en el sentido de A. Comte, descarta todo fenómeno psicológico y trata de analizar los actos contemplados desde fuera. El historiador, por razones prácticas, se ve obligado a considerar los fenómenos psicológicos. El fenómeno consciente es –si no un eslabón necesario en la cadena de las causas– al menos un epifenómeno permanente del fenómeno cerebral, que es el eslabón necesario; es por tanto su signo y también nuestra única manera de conocerlo. El historiador necesita pues estudiar las representaciones conscientes, las únicas que permiten comprender la *dirección* de las causas. En cuanto a los fenómenos inconscientes, es probable que desempeñen un papel capital en la formación de las tendencias, es decir de las *fuerzas*; pero, al carecer de la manera de conocerlos, le aparecen al historiador sólo en la forma de una laguna en la cadena de las causas; forman parte de lo inexplicable, que el historiador debe limitarse a constatar. Por el momento, las explicaciones proporcionadas por la sociología no van más allá del valor de una hipótesis.

## DISCUSIÓN

Ch. SEIGNOBOS. – No hay razón alguna para disimular que la presente conferencia surge como un intento de responder al coloquio pronunciado el

## Lo desconocido y lo inconsciente en historia Sesión del 28 de Mayo de 1908<sup>1</sup>

CHARLES SEIGNOBOS, ÉMILE DURKHEIM

Ch. Seignobos no ha venido a aportar una solución sino tan sólo a discutir un problema que se plantea en un ámbito común a la filosofía y a la historia: la importancia de lo inconsciente en los fenómenos sociales.

La práctica obliga al historiador a plantearse esta cuestión en cuanto deja de limitar su trabajo a la constatación de hechos y a su yuxtaposición desde el punto de vista cronológico, es decir desde el momento en que trata de conferir a la historia el carácter de una operación metódica dedicada al análisis de un vínculo necesario de sucesión entre los hechos. La primera etapa (que los historiadores no han podido rebasar todavía) consiste en la búsqueda de las *causas* en el sentido vulgar, esto es, de los antecedentes inmediatos de los hechos; la segunda se refiere a la búsqueda de *leyes*.

### I

En la práctica de los historiadores, la búsqueda de la causa se aplica a todo tipo de hechos humanos (actos individuales únicos, actos repetidos, actos colectivos), a todo tipo de condiciones de la vida humana (fisiológicas, patológicas, antropológicas, demográficas), así como a todos los objetos materiales relacionados con la vida (fenómenos naturales o productos de una actividad humana).

En los documentos, que son el punto de partida de la investigación, la causa aparece de diversas formas. Es un *motivo* interno cuando se trata de todas las manifestaciones de conceptos o sentimientos (creencias, artes, ciencias), o de todos los actos de dirección. Es una acción externa si hablamos de condiciones materiales. Es una combinación de motivos internos y de acciones externas cuando se trata de los actos colectivos en los que la acción de cada individuo está condicionada por la de otros individuos y cuando se trata de actos de ejecución en los que la acción se ve desviada por las resistencias que le contraponen los hombres o los objetos.

---

1. Publicado originalmente en *Bulletin de la Société française de philosophie*, Tome VIII, 1908. Presentes en esta sesión: Berthelot, Bloch, Bouglé, Brunschvieg, Dauriac, Delbos, Dunan, Durkheim, Halévy, Jacob, Lacombe, Lalande, Ogereau, Parodi, Simiand, Weber.

## II

El historiador no dispone de ningún procedimiento regular para determinar las causas de un hecho. Avanza poco a poco, casi por tanteo, recogiendo primero las observaciones de las causas registradas en los documentos y, después, tratando de encontrar conexiones, a fin de que la causalidad se desprenda de manera evidente; ello es así porque al carecer de un instrumento de estudio la evidencia se revela como su único criterio de certidumbre.

Lo que se alcanza primero y de manera indudable son las causas de las manifestaciones de ideas y sentimientos (las cuales constituyen la sustancia de la historia de las artes, las ciencias, las religiones, las lenguas, los derechos), es decir los motivos de los actos prácticos. Dicho de otro modo, todo lo que se presenta bajo la forma de un mecanismo psicológico consciente. Tal es la razón por la cual la historia es ante todo el estudio de los conceptos prácticos que han sido realizados. Este carácter, que la historia tiene desde su origen, resulta más dominante a medida que la sociedad se hace más civilizada y evoluciona hacia un estado en el que todos los actos humanos podrían llegar a ser calculados, voluntarios y conscientes.

Sin embargo, el historiador constata de manera más difícil e incierta las causas materiales de los actos y los hechos, en cuyo mecanismo no penetra la conciencia. Prueba de ello es la incertidumbre en la que estamos cuando se habla de las causas de los hechos constatados por la estadística.

Así, en lo que se refiere al análisis de las causas, existe ya desde el primer momento un gran espacio para lo desconocido, pero repartido de manera muy desigual: se centra sobre todo en aquellos hechos que por su propia naturaleza deberían ser los mejor conocidos, porque son materiales.

Ahora bien, desde el momento en que se trata de dar un paso más, lo desconocido se hace enorme y se extiende a todo el dominio histórico. Esto se percibe cuando se investigan las causas que están detrás de los motivos directos de los actos; o cuando, al comparar varios actos, se asigna la causa de los actos comunes a varios hombres (costumbres, instituciones); e incluso cuando al comparar los diferentes momentos se busca la causa de las alteraciones o las transformaciones de un uso o un concepto.

Esta ignorancia se debe a diversas razones: 1º La ausencia de informaciones sobre causas que podrían haber sido observadas pero que no lo fueron o no fueron anotadas (por ejemplo, en las batallas); 2º El hecho de

haber guardado un secreto sobre causas que fueron conocidas pero que sin embargo fueron ocultadas de manera voluntaria (por ejemplo, en los hechos sexuales y en una parte de los hechos económicos); 3º El desconocimiento de los autores de los actos que no informaron en sus motivos.

No disponemos de ningún procedimiento para discernir la importancia real de lo inconsciente en esta masa desconocida. Por tanto, es imposible plantear con precisión el problema de lo inconsciente en historia.

### III

¿Cómo explicar la acción de lo inconsciente? ¿Se debe hacer intervenir una *causa sui generis*? ¿Sería la acción del medio social sobre los individuos, la presión ejercida por el cuerpo social en forma de tradición y de organización colectiva que opera a favor de la utilidad social? Si la respuesta es afirmativa, deberíamos admitir un tipo de fenómenos diferentes de los hechos humanos individuales, a saber, los hechos *sociales*. ¿Se pueden atribuir los caracteres comunes cuya causa desconocemos a un *Volkgeist*, a una *Sozialpsyche*, es decir a algo diferente de los individuos? ¿O podemos confinarnos en los datos empíricos de la historia y la observación actual que sólo dan a conocer los individuos que viven en sociedad, que sufren recíprocamente la acción de unos y de otros y adquieren conciencia de esta acción de manera muy desigual, en función de una gradación continua que va desde la profunda conciencia hasta la inconsciencia total?

## DISCUSIÓN

SEIGNOBOS: El tema de esta comunicación está motivado por la sesión del año pasado en la que estudiábamos algunas cuestiones metodológicas importantes para la historia y la filosofía. Lo que planteo ahora es si los fenómenos humanos deben ser explicados por medio de la acción de ciertas causas especiales, las mismas que constituyen el objeto de estudio específico de la sociología.

Creo que resulta interesante suscitar una discusión sobre este punto; ahora bien, mi objetivo no es aportar una solución completa del problema, más bien voy a tratar de indicar cómo suelen plantear esta cuestión los historiadores en la práctica misma de su ciencia y desde qué punto de vista lo consideran generalmente.